

con acento

## Enseñando historia en España

Jesús Sanjosé

El Boletín de la Real Academia de la Historia publica en su último número de septiembre-diciembre de 2003 un artículo firmado por Julio Valdeón Baroque, Catedrático de Historia, de la Universidad de Valladolid, titulado «La enseñanza de la historia en España»<sup>1</sup> que, además de estar magníficamente escrito, coincide con la experiencia y la trayectoria profesional de muchos profesores de historia, de enseñanza no universitaria, en los últimos años.

Comienza el Profesor Valdeón, limitando las fuentes de su trabajo al estudio de los currículos oficiales elaborados por las administraciones educativas y a los libros de texto que, siguiendo estos currículos, desarrollan la asignatura; plantea de esta manera la ausencia de otras posibles fuentes como las procedentes de lo que hacen los profesores de historia en la clase por la falta de información suficientemente codificada al respecto.

El trabajo hace un recorrido por lo que podríamos llamar cuatro etapas en la forma de explicar la historia

<sup>1</sup> VALDEON BARUQUE, J., (2003), La enseñanza de la historia en España, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CC, pp. 359-371.

según los currículos, las programaciones y los libros de texto. La primera correspondería a la seguida por la mayoría de los centros escolares a lo largo del siglo XIX y en buena parte del XX. Se caracterizaría esta etapa por poner todo el «empeño en señalar a los personajes destacados del pasado así como los acontecimientos que se consideraban básicos» tales como las batallas y las paces. Esta etapa estaría marcada por la existencia de signos nacionales que para resaltar su existencia se manifestarían beligerantes contra las otras naciones. En este tiempo y en España, Inglaterra se convertía en la pérfida Albion, y los ciudadanos franceses en gabachos.

Una segunda etapa que, siguiendo la tendencia de la escuela francesa de los «Annales», se caracterizaría por sustituir la historia de los reyes y de las batallas por la de los grandes colectivos y las estructuras. Estamos en la década de los 70 y la historia se convierte en «un mosaico de cuestiones específicas de las distintas ciencias sociales». La repercusión que estos movimientos tuvieron en los programas del momento es la introducción de las historias nacionales en la gran historia de la

humanidad, la historia universal, pero siempre desde grandes abstracciones que más que historia parecen a menudo filosofía de la historia. Esta tendencia, según Valdeón, es la que se va a imponer en la reforma de la enseñanza en España de los años 80. Reforma que plantea no sólo un cambio en los contenidos de la historia sino un cambio en la metodología que hay que aplicar para enseñar la historia. Así, los currículos y los libros de texto, además de prescindir de las épocas anteriores y limitarse a los hechos contemporáneos, tienen que analizar todo lo que ocurre en el ámbito inmediato en el que se desarrolla la historia.

A esta etapa le sigue una tercera marcada por el desarrollo del Estado de las autonomías y sobre todo por la capacidad normativa sobre los currículos que se da a las administraciones regionales, el 35% o el 45 %. La característica más relevante de este periodo consiste en «la indudable tendencia a resaltar lo propio» y exclusivo, y esto no siendo malo en sí, se puede convertir en algo perverso por lo que conlleva a menudo de desconocimiento de lo otro.

Por fin, estaría llegando una cuarta etapa en la que el Ministerio de Educación, consciente de este problema denunciado por buena parte de la ciudadanía, está reformando los planes de estudio tanto de la secundaria como del bachillerato. En lo que se refiere al

bachillerato se incluye una asignatura común, referente a toda la historia de España que, aunque tiene una importante referencia en sus contenidos a los dos últimos siglos, no olvida el desarrollo, desde los primeros pobladores hasta la actualidad.

Concluye el autor manifestando que «la trayectoria histórica de España no puede faltar en el estudio de la disciplina que nos ocupa. Eso no significa, ni mucho menos, volver a la esencia del nacionalismo españolista, sino simplemente reconocer que España, al margen de que se la considere un Estado, una nación, o, como otros afirman, una nación de naciones, es una realidad histórica». Insiste también en que, para entender esta realidad, hace falta una serie de referencias al ámbito europeo, mediterráneo y atlántico en el que se ha movido España a lo largo de su historia.

Finaliza haciendo una alusión a la metodología, y es que la «enseñanza por descubrimiento» no está reñida con la «enseñanza por transmisión». Contempla también los múltiples recursos didácticos con los que cuentan hoy los profesores de historia.

En definitiva, el trabajo supone una llamada al sentido común tanto de los que se dedican a elaborar los currículos como de los que elaboran los libros de texto, ante la dificultad de saber qué hacen en clase los profesores mismos. ■